

Francisco de Borja, virrey de Cataluña, 1539-1543

Enrique García Hernán

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Introducción historiográfica

Entre los muchos aspectos que las biografías de Francisco de Borja han señalado sobre su especial relación con el emperador Carlos V está el hecho de que fue nombrado su lugarteniente general para el principado de Cataluña. Los primeros biógrafos, Dionisio Vázquez, Pedro Ribadeneira, Juan Eusebio Nieremberg y luego otros, siguiendo la biografía oficial de Virgilio Cepari, que fue postulador de la causa de beatificación y canonización, dieron principio a la idea de que fue un gobernante modelo, porque supo solucionar los problemas más difíciles. Gracias a la publicación de los documentos de su virreinato a finales del siglo pasado y principios de éste, especialmente *Monumenta Borgia* y *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, la historiografía actual ha ido analizando su actuación como virrey al compás de la publicación de esos nuevos documentos. En general insisten en que fue un gobernante eficaz y consiguió los objetivos previstos por el Emperador.

Pierre Suau publicó en París en 1910 una biografía sobre Francisco de Borja usando el fondo Osuna del Archivo Histórico Nacional, actualmente en el Archivo de la Nobleza en Toledo. En 1921, Pedro Blanco Trías publicó un estudio con el título *El virreinato de san Francisco de Borja en Cataluña*, usando la documentación conocida. Diez años más tarde, Alberto Risco publicó en la revista *Razón y fe* un estudio con documentación de los cinco tomos de los procesos que se guardaban en el fondo Osuna, y el ms. 2368 de la Biblioteca Nacional de Madrid sobre las guerras del Rosellón. Llevaba por título *Un gobernante modelo. Cómo administraba justicia san Francisco de Borja siendo virrey de Cataluña*. Antonio Borrás hizo un estudio sobre un tema más concreto: *Contribución a los orígenes del bandolerismo en Cataluña (La pragmática de Carlos V de 1539)*, que publicó en 1952 en la revista de *Estudios de Historia Moderna*. Algunos años más tarde vinieron nuevos trabajos, más globales, según la nueva corriente historiográfica de historia social. Joan Reglá publicó *Els virreis de Catalunya*, en 1956, que está muy bien documentado. Luego Camilo María Abad publicó *Carlos V y san Francisco de Borja*, en la

revista *Miscelánea Comillas* en el año 1958, que presenta tres documentos: el nombramiento de virrey y las convocatorias de Cortes de Monzón de 1542 y 1543, copias extraídas de los procesos de Osuna.

Pero tuvieron que pasar algunos años para que el tema fuera tratado de nuevo. Así Batlle y Prats y García Cárcel abordaron el estudio de *Gerona y el virrey don Francisco de Borja*, que publicaron en 1977 en la revista *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses*, con aportaciones inéditas. La biografía de Cándido de Dalmases, *El padre Francisco de Borja*, que publicó en 1983, ofrece una buena síntesis de todas las aportaciones anteriores. Para un visión de conjunto sobre la institución virreinal —tema que entonces cobró auge—, Lalinde Abadia publicó *La institución virreinal en Cataluña*, en 1964. Este aspecto ha sido recientemente analizado también por Torras i Ribé, especialmente los aspectos del «clientelismo» de los virreyes.

Miguel Batllori ha tratado en diversas ocasiones el tema, como especialista de los Borja. Sus aportaciones sobre estos aspectos han sido recogidas en el tomo IV de sus *Obras Completas*, publicado en 1994. En cuanto a Barcelona, en 1970 publicó *Catalunya a l'època moderna*, donde hace una descripción del ambiente y de los momentos culminantes del virreinato de Borja, tema que recogió en 1996 el profesor Benítez Riera.

En cuanto a la documentación inédita, pese a que ya fueron explorados los archivos de Simancas, de la Corona de Aragón, y el fondo Osuna, así como la Biblioteca Nacional de París, todavía hay documentos inéditos. Además, falta por encontrar la correspondencia que mantuvo con su agente en Madrid, Jerónimo Ruiz, así como la que mantuvo con su familia, especialmente su padre, aunque sí contamos con algunas de ellas, que se encuentran en el fondo Miró de la Biblioteca Zabálburu, y que ya analicé en 1999 en mi biografía *Francisco de Borja, Grande de España*, correspondencia que pronto publicaré. En este artículo, además de tratar más en detalle su época virreinal, presentamos un documento perteneciente a su época de virrey, que se guarda en el fondo de Guerra Antigua del Archivo General de Simancas.

Ambientación histórica

Tras la muerte del virrey Fadrique de Portugal en 1539, Borja asumía su primera misión de gobierno verdaderamente importante en un momento de auge cultural; pero en cierta decadencia económica. Carlos V había instituido en 1520 los virreyes con cargo trienal para las provincias que gozaban de fueros, de ahí que Borja fuera renovado en el cargo en 1542. Era un momento delicado en la institución virreinal, de asentamiento, y la situación internacional estaba complicándose a causa de las interminables guerras con Francia. El mercado se salvaba gracias a un acuerdo comercial con Andrea Doria firmado en 1535; la economía dependía en gran medida del puerto, más bien militar. De hecho, el año anterior, base clave para la empresa de Túnez, Barcelona

aprestó 25 galeras. Pero en general había poco dinero, de ahí que el virrey pasara verdaderos apuros financieros. En 1539, por ejemplo, el obispo de Barcelona hubo de pedir ayuda económica a obras pías para pagar a los capitulares de la catedral¹. La población había disminuido sensiblemente a causa de la peste de 1530, donde murieron más de 6.000 personas. Además en 1539-1540 se padeció una gran hambre. El protagonista político-religioso del momento era el obispo Juan de Cardona (1531-1546), apremiado por Borja para que se comportara como lo que debía ser, obispo y pastor, pero que hasta 1541 no recibió las sagradas órdenes. El vicario era Vicente Navarro, buen erasmista, con el tiempo será gran amigo de Borja².

Desde el punto de vista físico, a pesar de sus veintinueve años bien maduros, Borja tenía todavía un aspecto juvenil y tranquilo, sin barba; y su increíble gordura le daba un aire pacífico, reposado. Pero se cansaba mucho, se derretía de sudor. La corpulencia era notable, necesitaba que los arneses y demás piezas de su armadura estuvieran hechas a medida, era tan gordo que no podía llegar a la mesa, por lo que hubieron de hacerle una según sus proporciones, donde se encajaba. Y esta mesa se conservó durante muchos años, pues fue una prueba del proceso de beatificación de Valencia.

En cuanto a su familia, en 1539 nace su último vástago, Alfonso, de modo que lleva a Barcelona a sus ocho hijos, a su esposa Leonor, a su cuñada Juana de Meneses y a su fiel secretario Onofre Martínez, capellán de la familia. Este culto personaje era un hombre muy importante para el Marqués, pues de hecho se servía de él no sólo como simple secretario, sino que lo llevó a Barcelona para que le ayudase en su nueva etapa de gobierno.

Su familia seguía contando con él para misiones importantes, especialmente su padre. Por su parte, él disfrutaba de la amistad de su tío abuelo Juan, hijo de Alejandro VI. Este Juan de Borja era duque de Nepi y Camerino, había nacido en 1498, vivió en Nápoles y Ferrara, en 1518 acompañó a Alfonso I de Este a París y después pasó al servicio de Carlos V. Falleció en noviembre de 1546. Francisco de Borja contó con él para que administrara su mayorazgo durante su minoría de edad y representó, en 1529, en Barcelona al duque de Gandía durante las capitulaciones matrimoniales de Francisco de Borja. En 1531, tanto Juan de Borja como su hijo Francisco de Borja intercedieron en su favor ante el Emperador para que solucionara el pleito que había sobre sus propiedades en Italia. Luego siguió colaborando con Francisco de Borja, representando los intereses del marqués en Valencia y administrando la baronía de Corbera durante su ausencia³.

¹ FÁBREGA I GRAU, A., *La vida cotidiana a la Catedral de Barcelona en declinar el Renaixement*, Barcelona, 1978, p. 35.

² GARCÍA HERNÁN, E., *Francisco de Borja, Grande de España*, Valencia, 1999, pp. 89-125. Juan de Cardona fue obispo auxiliar de Barcelona en 1520, en 1531 titular, en 1545 recibió la ordenación episcopal y en 1546, poco antes de morir, celebró su primera misa. BADA, J., *Situació religiosa de Barcelona en segle XVI*, Barcelona, 1970.

³ En mi biografía *Francisco de Borja, Grande de España* digo en la nota 109 que posiblemente este

Primeros pasos en el gobierno, 1539-1541

Prácticamente el virreinato del marqués de Llombay coincide con la primera regencia del príncipe Felipe (1539-1543), la cual era puramente nominal, pues era un muchacho de doce años. El verdadero regente era el cardenal Tavera, gobernador de los reinos de Castilla, prelado que como tal debía supuestamente seguir los pasos de sus predecesores, los cardenales Cisneros y Adriano de Utrecht. Pero Tavera no estaba solo, contaba con la colaboración de Cobos, el duque de Alba, don Fernando de Valdés y don Juan de Zúñiga.

Este período comenzó con la inopinada, y no por eso menos esperada, amistad entre Carlos V y Francisco I después de la tregua de Niza de 1538 y acabó con el desastre de Argel y la guerra relámpago contra el ducado de Cléves. Entre 1539 y 1541 el Emperador emprendió fuertes actividades: pasó por Francia, Flandes, Alemania, Italia. Durante más de ocho meses negoció con Barbarroja para llegar a un acuerdo de paz, donde insistía en que no aceptara en sus tierras a los moriscos de los reinos de Granada, Valencia y Aragón. No debía darles ni en público ni en privado ningún tipo de favor, pero no se llegó a ningún tratado, se quedó en una simple y larga negociación. Finalmente acometió la empresa de Argel. En 1542 retornó la actitud hostil de Francia, durante algunos años enemigo contenido. El punto de discordia fue, otra vez, el ducado de Milán, codiciado por su hermano Fernando, por Francisco I e incluso por los Farnese. Todas estas circunstancias geopolíticas se proyectarán de una manera clara sobre las decisiones que el nuevo virrey de Cataluña había de tomar para secundar los deseos del Emperador

Éste fue un período fecundo para la formación de Borja como diplomático y gobernante, como se pone de manifiesto al analizar, junto al nombramiento, las instrucciones bien precisas sobre cuáles eran sus funciones y qué era lo que debía conseguir: acabar con el bandolerismo y cortar el abuso de las inmunidades eclesiásticas —donde se refugiaba gran número de bandidos «coronados», es decir, tonsurados— para lo cual debía obtener un breve—. Aunque lo más importante era la administración de la justicia y la fortificación de Barcelona. Su remuneración anual pudo ser entre 4.000 y 5.000 ducados, pero no era mucho teniendo en cuenta que la paga de su sucesor —el marqués de Aguilar, Juan Fernández— será de 8.000 ducados anuales. Borja se lamentará varias veces de la falta de dinero ⁴

Juan de Borja era hijo de Rodrigo Borja, hijo póstumo de Alejandro VI. El padre Batllori me ha comunicado que este Juan de Borja es casi seguro el hijo de Alejandro VI, como pudo comprobar él en varios documentos del Archivo de Ferrara, y que Rodrigo nace durante el pontificado. Le agradezco esta observación, que además cuadra mucho más con el conjunto de los datos.

⁴ Hemos de suponer que Francisco de Borja recibió un sobresueldo, pues dijo que recibía 5.000 ducados, en *Monumenta Borja*. II, 582-298, mientras que las instrucciones sólo dicen 4.000. La paga del marqués

Borja fue a partir de ese momento el «marqués de Llombay, lugarteniente general en el principado de Cataluña y los condados de Rosellón y Cerdeña». Sin embargo, siempre firmó sus cartas como lo que era desde el punto de vista nobiliario, es decir, como marqués, y como duque cuando lo fue. La correspondencia de su virreinato es muy abundante y sorprende —porque no era frecuente— que las cartas no estuvieran cifradas teniendo en cuenta que en su mayor parte se trata de información militar. Tan sólo, como medida de precaución, las enviaba a sus destinatarios duplicadas, es decir, usando diversos correos. Las cartas están divididas en diversos sectores a tenor de la situación política. Desde el punto de vista de su cargo mantuvo correspondencia con Carlos V y el príncipe Felipe, y casi diaria con Cobos, el secretario del Emperador, pero por razones obvias no fue menor la comunicación con el cardenal Tavera. También en razón de su oficio mantuvo intensos y frecuentes contactos con embajadores, especialmente con los de Génova y Francia; con virreyes y gobernadores, como el duque de Calabria o el Arzobispo de Valencia; con el Consejo de Aragón; con militares como el príncipe Doria, don Bernardino de Mendoza, con el capitán general de Perpiñán don Juan de Acuña; con el duque de Cardona, con el duque de Gandía su padre; con la nobleza catalana como el conde de Módica, don Luis Enrique Girón; con don Fernando de Cardona y Soma, almirante de Nápoles; con don Juan de Cardona, obispo de Barcelona; y también con secretarios reales como Juan Vázquez, Juan de Idiáquez y Gonzalo Pérez. En muchas ocasiones la responsabilidad de su oficio se mezclaba con la amistad personal que iba creando con sus interlocutores, como lo demuestra el caso del embajador de Génova, don Gómez Suárez de Figueroa, con el tiempo duque de Feria, con quien mantendrá continua correspondencia. Finalmente son interesantes los testimonios del proceso de beatificación de Barcelona, especialmente en los aspectos religiosos y familiares, concretamente sus extraordinarias penitencias y generosidad, como ayunos y limosnas. Asimismo respecto a su vida de piedad, se confesaba con los dominicos valencianos Juan Michol y Tomás Guzmán, provincial.

Estas dilatadas comunicaciones nos muestran los aspectos geopolíticos que abarcaba. Se pueden enmarcar dentro del centro neurálgico que suponía Barcelona para el gobierno de la monarquía. Al estar a mitad de camino entre Roma y Madrid, necesariamente los correos ordinarios debían pasar por su control, toda vez que el punto de contacto era un importante enclave militar y, por tanto, susceptible de espionaje. Así vemos que pasan por sus manos correos de Roma, Génova, Marsella, Córcega, Rosellón, Mallorca, Ibiza, Berbería, Milán, Aviñón, Francia, Alemania, etc. Las cartas dirigidas al cardenal Tavera pasaban al Consejo de Estado y algunas de ellas al Consejo de Guerra, mientras que las que iban a Cobos permanecían siempre bajo su control. Así vemos cartas escritas

de Aguilar, su sucesor. fue de 10.000 ducados, en AGS, E, 59, 10-14. Carlos V a Felipe II, Cremona, 19 de junio de 1543, en *Corpus Documental*, II, 125-134. Es interesante ver que once años después el marqués de Cañete cobrará 40.000 ducados. La reflexión es evidente: la marginación del poder político central que sufre la alta nobleza es compensada económicamente.

el mismo día prácticamente con el mismo contenido una a Tavera y otra a Cobos. Pero un estudio más a fondo nos revela que las cartas al cardenal tienen un contenido más bien militar. La misma dinámica se aplicaba para las cartas dirigidas al Emperador.

Entre los objetivos militares del Virrey se encontraba repeler cualquier ataque de moros, que con sus fustas se adentraban en Tortosa y podían capturar algunas personas para luego venderlas⁵. También debía poseer el control de las fronteras, la fabricación de municiones, el almacenamiento de vituallas, la construcción de galeras, buscar dinero para la paga de los soldados y terminar las fortificaciones de los enclaves estratégicos⁶. También procurar buscar, seleccionar y enviar información militar enemiga, lo cual implicaba un control total de los barcos que tocaban puerto para sacarles la mayor información posible. Finalmente, guardar los secretos con escrupulosidad. Baste como ejemplo una sola carta. Borja envió al Emperador el primer día de febrero de 1542 una relación en la que hacía mención a las pagas de los soldados, a la fortificación de Perpiñán, a los avisos de espías y al estado de las vituallas⁷.

El sistema de gobierno puede sorprender, porque con frecuencia el Virrey pedía a su interlocutor cartas que ya él había escrito de antemano. Esto quiere decir que el Virrey tenía una gran libertad de movimiento, pero que en cualquier caso necesitaba del apoyo del poder central para poder actuar con mayor autoridad, pues en aquellos momentos una carta real no era lo mismo que la decisión del Virrey⁸. La política matrimonial que se ejercía en los diversos reinos —«los casamientos que ordena el emperador», como solía decir— fue uno de los temas de interés del Virrey. Normalmente

⁵ AGS. (G) Guerra (A) Antigua, leg. 25, fol. 119, El marqués de lombay a Carlos V, Barcelona, 27 de enero de 1542.

⁶ Para hacernos una idea de la magnitud de las obras de fortificación emprendidas por Borja es suficiente consultar AGS, E., leg. 55, fols. 122-123, donde podemos ver una minuta de despacho del Emperador sobre las fortalezas de Perpiñán, Rosellón, baluartes de Barcelona, etc., y en AGS, E., leg. 289, fol. 287, sobre las disposiciones tomadas por Borja en un «memorial de los maestros y manuales que son menester para hacer la muralla y los hombres de abrir el foso y hacer cal y traer la dicha cal y arena en carretas...» (1543). La construcción implicaba más de 9.000 hombres empleados durante cinco meses.

⁷ AGS. GA, 25, 121. El marqués de Llombay a Carlos V. Barcelona, 1 de febrero de 1542. Para los confidentes véase AGS, E., leg. 289, fols. 33, 34 y 42, que son noticias de espías, entre los cuales se encuentran los avisos de Flandes, Alemania, Italia, Francia y todos los enclaves estratégicos. Llama la atención cómo (en AGS, E., leg. 289, fol. 33) el obispo de Urgel, Francisco de Urríes, que normalmente residía en Jaca, avisaba al Consejo de Guerra de la importante información obtenida por un espía suyo: con las fuerzas del príncipe de Béarn... «al tiempo que los franceses y turcos entran por Cataluña que ellos [los de Bearne] entrarán por Navarra porque saben está desprovehida, y que la varrejarán y quemarán porque, pues no la podrían sostener, vea España mal gozo de ella, y por invertir que no se acuda al socorro de Cataluña también entienden por la frontera de Jaca y otras partes hacer correrías e invasiones...».

⁸ Sirva ésta como ejemplo en la que escribe el marqués a Cobos: «escriva una carta en nombre de S. M. a los consellers avisádoles de la armada del turco mandádoles se pongan en orden de guerra con toda diligencia para poder resistille..., y s. s. les escriva otra de su parte... y a mi me escriba lo mismo para que enviando por ellos se ha a el negocio... aunque ellos me tienen buena voluntad han menester algún calor para persuadir al pueblo y sacar algún dinero...», en AGS, E., leg. 280, fol. 26. El marqués de Llombay al Sr. Comendador Mayor de León, 1541.

era Cobos quien le informaba de las novedades. Borja también procuró seguir una política matrimonial en el principado, aunque bajo la supervisión del Consejo de Estado, pues de hecho se hacía preciso licencia del Emperador para consentir ciertos enlaces. Así tenemos el caso del matrimonio de don Enrique de Centelles, que había sido tan dificultoso como la tregua entre los irreconciliables Pujadas y Semanat⁹. También participó en el de una hija del vizconde de Peralada con el conde de Quirra, que con el tiempo provocó rivalidades entre las dos familias¹⁰. Carlos V aprobó todas la diligencias tomadas por Borja y le ordenó que llevara a efecto todo lo que creía que podría servir para la paz de las familias y del principado¹¹.

Una fuente de gran interés para estudiar más profundamente este período es el conjunto de cartas escritas por el Emperador a Borja que no han sido publicadas por *Monumenta Historica Societatis Iesu* y que en parte se conservan en el Hospital Tavera de Toledo, en el fondo de la casa de Osuna¹². Pero acaso sea de mayor provecho el resumen o «capítulos» —siguiendo la terminología de la cancillería— de las cartas que Borja enviaba al Emperador y que eran comentadas por Cobos, documentos que se custodian en el Archivo General de Simancas¹³. Así nos encontramos los comentarios siguientes:

Que la condenación ha sido poca para en cosa de tanta importancia... que proceda contra los Vich porque no ayudaron al comisario, porque son cosas que con el ejemplo podrían dañar... loarle las diligencias que supo en prender los ladrones del Coll del Pertus, y que no se descuide porque nunca dejó de haberlos en aquel paso... que fue muy buena la diligencia contra lo de las fustas...

Son datos que nos muestran lo que a juicio de Cobos estaba bien o estaba mal, con un «me ha parecido bien... que se haga»¹⁴.

Los puntos más ingratos del virreinato fueron los referentes a la justicia, la cual implicaba persecución, captura, juicio y castigo contra los bandoleros, contrabandistas, e incluso contra luteranos y moriscos. Para solucionar este problema, el Emperador

⁹ AGS, E., leg. 280, fol. 40, El marqués de Llombay a Cobos, Barcelona, 1541.

¹⁰ AGS, GA, leg. 25, fol. 118, El marqués de Llombay a Carlos V, Barcelona, 17 de enero de 1542.

¹¹ Osuna, Carp. 13, 31, Carlos V al marqués de Llombay, Valladolid, 4 de abril de 1542.

¹² Osuna, E., leg. 561, Caj. 13, 20-36. Minuta sobre el modo de prestar el juramento los virreyes para entrar en el gobierno; y otra del juramento que hizo el marqués, una memoria de lo que dispuso acerca del gobierno del principado para enviar a la corte, diecisiete cartas del Emperador dirigidas al marqués 1539-1543, algunas publicadas por *Monumenta Historica Societatis Iesu* gracias a las copias que se hallan en el Archivo de Simancas.

¹³ AGS, E., leg. 280. En casi todo el legajo encontramos referencias a estos capítulos con las decisiones del Consejo, y en gran medida también se encuentran aquí los capítulos del virrey de Aragón; todo lo cual permite una visión de conjunto de la política del Consejo de Estado. Especial importancia tiene E., leg. 289, fol. 285, porque hace referencia a todas las disposiciones militares tomadas por el virrey y el parecer del consejo de guerra el 20 de septiembre de 1543.

¹⁴ AGS, E., leg. 279, fols. 167 y 169, los capítulos de la relación del marqués de Llombay, 1540.

le ordenó que tuviera buena comunicación con el virrey de Aragón para evitar así que los bandoleros pasaran del reino al principado y viceversa para librarse de recibir el justo castigo gracias a los problemas jurisdiccionales¹⁵. En este mismo sentido, otros alegaron los fueros eclesiásticos para no cumplir con las órdenes del Emperador¹⁶. La mayor dificultad fue, sin embargo, la presión militar francesa sobre las fronteras. Durante el virreinato de Borja se ponen de manifiesto las tensiones entre España y Francia. Aunque había paz se vivía con inquietud, pues el principado era, de hecho, una base militar de primer orden. No sólo se debía contener un posible ataque francés, sino repeler y, si era posible, atacar al turco, aliado de los franceses y de los corsarios berberiscos. El cenit llegó con la fracasada jornada de Argel del Emperador, en el otoño de 1541, operación largamente desaconsejada por sus generales, pero que se frustró por los temporales.

Segunda época: los conflictos internacionales

En los primeros meses de 1542 se celebraron Cortes en Monzón, donde se juró al príncipe Felipe estando Borja presente. Según el biógrafo Ribadeneira, el Emperador insinuó a Borja, y éste a aquél, que ambos deseaban abandonar su cargo y llevar una vida oculta. La situación internacional se complicaba. Las relaciones con Francia alcanzaron su mayor crisis, de modo que en el verano el Emperador, en vista de los avisos de guerra, dio orden al duque de Alba de ir a Perpiñán con el cargo de capitán general¹⁷. Debía resistir a los franceses. Borja mantuvo contactos con diversos militares españoles que hacían incursiones en Francia para conocer la situación militar. Así pudo saber que Francisco I había ordenado a sus capitanes que reclutaran el mayor número posible de soldados de Gascuña para, con la ayuda del duque de Güeldres y algunos capitanes alemanes, entrar por Navarra. El primero en hacer el ataque sería el duque de Orange, porque así se venaría de Carlos V por lo que había hecho en Francia. También se

¹⁵ Osuna, 13, 13-21, Carlos V al marqués de Llombay, Madrid, 16 de abril de 1541. Sobre el interesante tema de bandidos y del peligro en los caminos véase REGLA I CAMPISTOL, J., *El bandolerisme català*, Barcelona, 1966, y su *Bandolers, pirates i bugonots a la Catalunya del segle XVI*, Barcelona, 1969. Sobre este problema neutralizado por el Rey en Valencia, véanse GARCÍA MARTÍNEZ, S., *Bandolerismo, piratería y control de moriscos en Valencia durante el reinado de Felipe II*, Valencia, 1977, y su *Bandolers, corsaris i moriscos*, Valencia, 1980; CARRASCO URGOTTI, M. A., *El problema morisco en Aragón al comienzo del reinado de Felipe II*, Madrid, 1969. Para una visión europea del problema véase MACZAK, A., *Viaggi e viaggiatori nell'Europa Moderna*, Bari, 1994, pp. 239-274; GARCÍA HERNÁN, E., *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del pontificado, 1571-1572*, Valencia, 2000.

¹⁶ AGS, GA, 21, 92, El marqués de Llombay a Carlos V, Barcelona, 12 de diciembre de 1541.

¹⁷ Para la correspondencia del duque de Alba durante este periodo, véase PLAZA SANTIAGO, A. de la, «Cartas del Duque de Alba a Carlos V», en *Cuadernos de Investigación Histórica*, 5 (1981), pp. 135-179.

decía que seguían una estrategia más sutil: trataban de abrir otro frente para disuadir al Emperador de la empresa de Argel¹⁸.

El Emperador, que visitará la ciudad en octubre de 1542 para supervisar las fortificaciones, presionó a Borja para que estuvieran bien protegidas por la parte que daban a la costa, pues se tenían avisos que aseguraban que el Turco hacía armada para invadir por cualquier parte. Teniendo en cuenta que en Argel se juntaban moros y turcos, lo que se debía hacer era evitar bajo bando público —toda vez que se tenía guerra abierta con Barbarroja— que nadie fuera al nido berberisco de Argel, pues podía ocurrir que se fueran de la lengua e informaran de la situación militar concreta de Barcelona¹⁹.

El desastre de la empresa de Argel fue asumido por Borja con resignación y se lo comunicó a Cobos con un lenguaje escatológico y a la vez profundamente cristiano. No era nada extraordinario porque se daba en muchos personajes de esa época, y por eso sus palabras son representativas de la reacción de la Monarquía Católica ante la consolidación de dos nuevas fronteras impuestas por el Turco y los luteranos a causa del fracaso represivo-militar de Emperador. A través de un correo especial del embajador en Génova supo el éxito del Turco y lo que pasaba en Alemania. Ahora informaba a Cobos y relacionó los dos temas entre sí:

... escusare yo de decirlo, aunque siempre parece que estará mejor el Turco en Constantinopla que no en Belgrado, verdad es que se puede esperar cada día mayor daño si la reformation de la Iglesia no sucede como es menester, y sí uno particularmente no echa de su casa y de su conciencia los enemigos espirituales, porque éstos son los que dan la victoria al Turco y los que nos tienen tan vencidos que nos hacen rendir a qualquier nada. Por lo mucho que importa encaminar esto que digo lo escribo a vuestra señoría, porque sé el celo que tiene al bien común y particular²⁰.

Esta mentalidad será una constante de Borja a lo largo de toda su vida: la lucha contra el Turco y la reforma de la Iglesia empiezan por uno mismo.

Otro aspecto interesante de su virreinato fue la curiosidad con que deseaba estar informado de los resultados de la entrevista celebrada en Lucca en octubre de 1541 entre Carlos V y Paulo III, de la que tanto se esperaba para la pacificación de Europa, para cuya consecución rezaba y ordenó que se hicieran plegarias en todas las iglesias y monasterios de la ciudad²¹.

¹⁸ AGS, GA, leg. 25, fol. 122, El marqués de Llombay a Carlos V, Barcelona, 11 de febrero de 1542.

¹⁹ Osuna: leg. 13, fols. 13-21, Carlos V al marqués de Llombay, Madrid, 16 de abril de 1541.

²⁰ AGS, E., leg. 280, fol. 145, El marqués de Llombay a Cobos, Barcelona, 14 de noviembre de 1541, en *Borgia*, II, 332-336. Sobre la mentalidad del momento a este respecto véase SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, Protestantes y Turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*, Madrid, 1951.

²¹ *Monumenta Borgia*, II, 312, Borja a Cobos, Barcelona, 3 de octubre de 1541

Francisco de Borja, IV duque de Gandía

Francisco I aprovechó la ocasión del desastre de Argel para poner en un nuevo aprieto al Emperador, que se veía sin el abrigo del rey de Dinamarca, de los duques de Clèves y de Borbón, de Inglaterra, y lo peor de todo, sin el auxilio de Portugal. El mismo Francisco I, al ver tan buena ocasión, animó al sultán Solimán a atacar las costas españolas. El Emperador hubo de emprender una fuerte reacción: la guerra en el Piamonte, Brabante, Luxemburgo y Cataluña, demasiados frentes.

Carlos V llegó a Barcelona en febrero de 1542 para la celebración de las Cortes de Monzón, donde esperaba recibir una fuerte ayuda económica y que los reinos de Aragón y Valencia y principado de Cataluña juraran al Príncipe, que había de permanecer como gobernador mientras su padre estuviera en Alemania. Al duque de Gandía, padre de Borja, le disgustaba tener que ir a esa ciudad y todavía más que se celebraran las cortes «con los moros» en casa. No obstante, como se preparaba un gran acontecimiento en Monzón, el Duque quiso estar bien preparado para el evento. Mantuvo una intensa correspondencia con sus hijos; con su cuñado, el vizconde de Évol; con el marqués de Elche; con los condes de Ribagorza; con su ex secretario Costa, y con otros oficiales de reino de Valencia, principalmente con Octavio Farnese, sobrino del Papa, seguro candidato a la mano de Margarita de Austria, hermana de Emperador, con el paso del tiempo duques de Parma y Piacenza. Pero un contratiempo, más bien una desgracia, le entristecía: la muerte de su hijo, el cardenal Enrique, acaecida en extrañas circunstancias poco después de entrar el muchacho en la ciudad eterna²².

Uno de los aspectos que moldearon el carácter precavido del duque don Juan de Borja fue el enfrentamiento que durante toda su vida mantuvo contra las incursiones turco-berberiscas. Los moros se infiltraban con gran facilidad en Gandía. Al final de su vida se lamentaba porque, a pesar de los grandes esfuerzos realizados, se llevaban delante de sus narices a muchos moriscos del reino. A un vecino suyo le robaron más de veinte vasallos. Por eso decía gráficamente: «bien podré poner mi barba a remojar, porque hasta ahora no se ha ido sino uno, que poco importa». El duque sabía que la *Christianitas* padecía y lo único que podía remediar la situación era entrar en una guerra abierta, sin descanso²³. Con la presencia del Emperador y del Príncipe, la magna reunión podía ser una ocasión propicia para replantear la empresa de Argel, toda vez que el Duque tenía noticias que aseguraban la presencia del Emperador en el reino de Valencia. Pero otro enemigo vino a enturbiar y difuminar las grandes empresas africanas. En efecto, se sabía que los franceses habían entrado en Rosellón poniendo en peligro el estado del vizconde de Évol, en esos momentos invadido. En aquellas críticas circunstancias, Francisco de Borja elevó una súplica a su padre: necesitaba con urgencia

²² AZ, M, carp. 22, fol. 846, El duque de Gandía a vizconde de Évol, Gandía, 2 de febrero de 1542.

²³ AZ, carp. 22, fol. 847, El duque de Gandía al vizconde de Évol, Gandía, 6 de marzo de 1542.

dos mil ducados para sufragar los gastos de la guerra. Aunque el Duque aceptó, se reveló contra la dramática situación, no le parecía bien ayudar al principado de Cataluña cuando el reino de Valencia estaba desamparado²⁴. El vizconde de Évol había recibido grandes pérdidas y concretamente el daño en sus vizcondados había sido mucho a causa de las incursiones francesas en Perpiñán. El mal ya estaba hecho y era irreparable. Aparte las pérdidas materiales y humanas, brotó un fuerte odio²⁵.

El Emperador no tuvo más remedio que comunicar al cardenal Tavera desde Monzón —ya se estaban celebrando las Cortes— que existía declaración oficial de guerra de Francisco I y que se confirmaba su alianza con el Turco. Carlos V le pidió que se hicieran rogativas en todas las iglesias para obtener la divina ayuda. Era una base propagandística estupenda y el Emperador no la quiso desaprovechar. Era, en definitiva, la mejor forma de buscar la ayuda económica y militar que necesitaban sus ejércitos.

La dureza en la guerra contra Francia era de todos conocida. Uno de los que más sufrió las consecuencias fue el vizconde de Évol. El Duque supo que los franceses habían entrado de nuevo en el Rosellón: «páreceme que no se han contentado de haber capado a navaja a dos de vuestra señoría». Los franceses persistían en sus objetivos y la resistencia traía consigo lamentables consecuencias²⁶.

El duque de Gandía esperaba que el Emperador mirase también hacia la costa levantina. Hubo de poner el asunto en manos de la Providencia. Con pocas palabras expresó la mentalidad de toda una época: «la majestad del cielo obre en la de la tierra». La oportunidad vino cuando el Emperador se presentó en el reino de Valencia a finales de 1542, el príncipe Felipe le acompañaba. El Duque preparó posadas en Gandía para un nutrido y selecto grupo de la corte, la elite del poder, nada menos que el cardenal de Toledo, Francisco de los Cobos, Idiáquez, don Hernando de Rojas, don Luis de Ávila, don Enrique de Toledo y don Alonso de Aragón. El Duque pensaba ver al Emperador, pero poco tiempo, pues estaba muy ocupado en esos momentos tratando de paliar una larga dolencia de su enfermiza esposa²⁷.

Las entrevistas del duque de Gandía con el Emperador son de verdadero interés para darnos cuenta del gran prestigio de don Juan de Borja. Era quien de verdad vertebraba el reino, y eso lo sabían muy bien los secretarios del Emperador. En primer lugar, el Duque pasó muchas noches deliberando con Cobos e Idiáquez, hablando con ellos con familiaridad, especialmente con Idiáquez, pues éste tenía amistad con el vizconde de Évol. El Duque reflexionó ya al final de su vida que había alcanzado las cotas más altas de influencia y prestigio en los diversos reinos de España. A pesar de su experiencia, todavía se sorprendía, máxime cuando sabía que había entrado en la Corte como «extranjero» y todos eran para él «zaharenos». Sin embargo, poco a

²⁴ AZ, M, 22, fol. 851, El duque de Gandía al vizconde de Évol, Gandía, 17 de septiembre de 1542.

²⁵ AZ, M, 22, fol. 853, El duque de Gandía al vizconde de Évol, Gandía, 29 de septiembre de 1542.

²⁶ AZ, M, 22, fol. 855, El duque de Gandía al vizconde de Évol, Gandía, 5 de noviembre de 1542.

²⁷ AZ, M, 22, fol. 856, El duque de Gandía al vizconde de Évol, Gandía, 17 de noviembre de 1542.

poco había podido ganar confianzas, granjearse amigos y obtener una posición privilegiada dentro de la Corona.

Don Juan de Borja había llegado a su apogeo, estaba en el cenit de su vida y lo reconocía con orgullo:

Su Majestad me ha hablado muy bien, y me ha hecho merced; que no ha habido puerta cerrada para mí, hasta sus retretes. Y cuando traté en la fortificación de Perpiñán —tema de interés para su interlocutor, el vizconde de Évol—, mandóme que entrase allí porque aprendiese: estábamos el duque de Alba y yo con sus ingenieros. Ha mostrado no importunarse las veces que le he hablado.

Su esplendor había llegado, pero éste desafortunadamente coincidía con la llegada de su ocaso, ni sabía ni barruntaba que le quedaban muy pocos días de vida. Este apogeo fue el resultado natural de una larga colaboración con Cobos gracias al matrimonio de su hijo con la portuguesa Leonor de Castro. El duque obtenía información bien precisa de la sangre que corría por las venas de la Corte, como a él mismo le gustaba decir, y con el tiempo el influjo fue mayor. Estableció enlaces permanentes, procuradores y, sobre todo, confidencialidad. El contacto del Duque para obtener de Cobos cuanto quiso durante la presencia del Emperador fue don Juan de Rojas. No resulta chocante que el duque dijera a su confidente, el vizconde de Évol, que había visto a don Juan de Rojas muy aficionado y que había sido su espía todas las veces que había querido hablar a Cobos²⁸. Estas actividades tuvieron lugar en la Navidad de 1542. Tan sólo dos semanas más tarde al Duque le sorprendía la muerte. Tenía cuarenta y nueve años, dejaba una viuda cargada de deudas, y sobre todo de hijos, veinte contando los siete del primer matrimonio, y el último fue póstumo. Borja no podía imaginarse lo que le esperaba en Gandía, cuántos disgustos le había de ocasionar su familia²⁹.

Final del virreinato, 1543

Desde los inicios, todas las medidas políticas de Borja fueron bien recibidas tanto en Cataluña como en los distintos consejos. Había entretreído muy buenas comunicaciones —acaso gracias a su facilidad para relacionarse socialmente—, había emprendido una carrera brillante. Pero que el 8 de enero de 1543 falleciera su padre, don Juan de Borja, III duque de Gandía, trastocó en gran medida su vocación de gobernante. Una vez supo la muerte y que no podía ir a Gandía, pues se lo impedía el Emperador, contó con la inestimable ayuda de su medio hermano, Pedro Galcerán de Borja, y

²⁸ AZ, M, 22, fol. 859, El duque de Gandía al vizconde de Évol, Gandía, 25 de diciembre de 1542.

²⁹ Osuna, 567, Inventario de bienes y herencia de don Juan de Borja.

de su tío, el vizconde de Évol, para que le representaran en tan difíciles momentos. El primero debía administrar el ducado mientras durase su ausencia y el segundo encargarse de los sufragios por el alma del difunto duque y atender a la duquesa viuda y a sus hijos. Poco después de la celebración de las exequias comenzó un interminable pleito acerca de la herencia. El vizconde creía que todo se arreglaría conforme a como debían quedar las cosas entre padre e hijos y entre hermanos, por lo que suponía que su estancia sería breve. Como el nuevo duque de Gandía —es decir, Francisco de Borja— tardaba en presentarse en su ducado, el vizconde de Évol empezó a sufrir de impaciencia y sobre todo de preocupación porque sus negocios estaban olvidados. Pidió a Cobos que, dadas las especiales circunstancias, le favoreciera en uno de ellos, como más particularmente le explicaría un emisario, tema desconocido para nosotros ³⁰.

Al día siguiente de la muerte de su padre, deseoso de retomar la deseada empresa de Argel, Borja escribió a Carlos V sobre los progresos en las fortificaciones y en la construcción de galeras, y que en el nido berberisco estaban desprevenidos y sin apenas provisiones ³¹. Pero el Emperador, desde que supo la muerte de don Juan de Borja, había puesto su pensamiento en otro lugar. Le preparó una nueva misión, aunque antes quiso reconocerle su justo título de duque. Desde Madrid, el 22 de enero, el Emperador envió una misiva a su Virrey con estas nuevas palabras: «ilustre duque primo, nuestro lugarteniente general en el principado de Cataluña». Carlos V hizo saber al nuevo Duque que antes de recibir su carta del 14 de enero comunicándole la muerte de su padre ya se había enterado por otros conductos. En esa carta Borja también le comunicaba que deseaba ir a Gandía temporalmente para atender los asuntos pendientes de su casa, pero que por la falta que hacía en Barcelona no se lo pedía ³². Aparte del pésame, el Emperador le dijo que se complacía mucho que sucediera a su padre en aquella casa ducal, por lo que no había necesidad de nuevo «ofrescimiento», pues por sus palabras y por la experiencia bien sabía que siempre le había de servir. Asimismo le comunicó que en pocos días se presentaría en Barcelona, por lo que le pidió que dejara para más adelante su viaje a Gandía ³³. Ahora Francisco de Borja es oficialmente el duque de Gandía, primo del Emperador, grande de España. Así, pues, empezó a firmar con ese título reconocido por el Emperador desde que le designó con el nombre de «duque primo» y le expresó que no había necesidad de nuevo «ofrescimiento». Pero antes del reconocimiento, Borja lo usó para conceder a su hermanastro don Pedro el poder para que administrara el ducado en su ausencia ³⁴.

³⁰ AGS, E., leg. 287, fol. 165, El vizconde de Évol a Cobos, Valencia, 12 de junio de 1543.

³¹ AGS, E., leg. 289, fol. 22, El marqués de Llombay a Carlos V, Barcelona, 9 de enero de 1543, en *Monumenta Borgia*, II, 434-437.

³² CODOIN, LI, 574, Marqués de Llombay, Barcelona, 14 de enero de 1543, que firma como «Marqués de Llombay», en *Borgia*, III, p. 5.

³³ Osuna, leg. 13, fol. 28, Carlos V al marqués de Llombay, Madrid, 22 de enero de 1543.

³⁴ Osuna, leg. 549, fols. 2, 6, Poder a don Pedro de Borja del duque de Gandía, Barcelona, 15 de enero de 1543, ante el notario Antonio Ferrán y lo testigos Gonzalo de Vega y Manuel Pinto.

Como tuvo que retrasar su viaje a Gandía, siguió cumpliendo las obligaciones de su oficio de virrey. Una de ellas era facilitar al Emperador el nombramiento de un nuevo regente —uno de los cuatro consejeros que ayudaban al virrey (los otros eran el canciller, el vicescanciller y el tesorero)— del principado de Cataluña. Recomendó al sacerdote Matías Sorribes para ese cargo porque había sido su vicario general, había demostrado que tenía virtudes para ello y no tenía menos letras que los demás candidatos; era bondadoso, gastaba su dinero razonablemente y como no tenía «sobrehueso de mujer e hijos» estaba más libre para seguir a la Corte. Pero lo interesante era que si el Emperador se lo mandaba, lo aceptaría³⁵. Finalmente Sorribes pasó al Consejo de Aragón, pues precisamente en ese año tuvo lugar un importante cambio porque desde su creación, en 1492, no se había reestructurado.

Borja también cumplió con el encargo de poner en alerta todas las fronteras, ultimar las fortificaciones y preparar tres galeras para hacer frente a un ataque francés que podría acaecer a finales de febrero de 1543. Con la ayuda de los experimentados militares don Enrique de Toledo, tesorero general de Aragón, y Francisco Duarte, proveedor del ejército, el Virrey pretendía cubrir las urgentes necesidades del jefe militar de Perpiñán, don Juan de Acuña. Se hacían precisos dos mil hombres para frenar el avance de los franceses. Según los últimos avisos, Francisco I había firmado una tregua de varios años con Enrique VIII. Además, unos 7.000 suizos estaban en la frontera de Bayona apoyados por unos 1.500 gascones de infantería, unas 500 lanzas y otros tantos jinetes. Eran unas noticias alarmantes. Vientos de guerra corrían por todo el pasillo de la frontera, y ya se estaban colando dentro del principado. Borja estaba deseoso de entrar en combate, repeler heroicamente cualquier mínima agresión³⁶.

En estos críticos momentos choca que Carlos V ordenara a Borja que abandonara la ciudad. El duque de Alba, verdadero brazo de hierro, iba a tomar el mando de las operaciones militares por expreso deseo del Emperador. Pero el mismo día que el Emperador dejaba Madrid para ir a Barcelona dio una contraorden: el Virrey debería quedarse en la ciudad en el caso de que no atacaran los enemigos. Como arremetieron contra Rosellón, Borja abandonó Barcelona con gran disgusto, con descomunal enfado. Dijo a Carlos V:

Yo me parto siguiendo la orden de Vuestra Majestad, pues entiendo por su real carta no ser servido de mis servicios en el tiempo que ellos podrían ser acceptos, que es cuando hay necesidad y se llegan los enemigos...

³⁵ AGS, E., leg. 288, fol. 147, El duque de Gandía a Carlos V, Barcelona, 22 de enero de 1543, en *Monumenta Borgia*, II, 441-442, fechan por error el día 20.

³⁶ AGS, GA, leg. 26, fol. 8: «Lo que se entiende por un hombre que vino anoche de Francia que fue a los 25 de febrero de 1542.»

Era para él una orden difícil de cumplir y una situación desgarradora, pues además de sus naturales deseos de combate, había previsto con la ayuda de Francisco Duarte un meticoloso e intrépido plan de contención en Ampurdán y Gerona ³⁷.

En *Monumenta Borgia* II, los editores dan veracidad a lo afirmado por todos los biógrafos de Borja, como Vázquez, Nieremberg, Cienfuegos..., sobre la expedición de socorro a Perpiñán por orden del Emperador, que estas cartas confirman plenamente, aunque no se efectuara, como también puede verse en *CODOIN*, 51, 573; 43, 232-416; 8. Vázquez dice: «César encargó... al virrey don Francisco, en cuya jurisdicción estaba Perpiñán..., que socorriese aquella plaza con municiones y mantenimientos y soldados», (libro I, c. 22). Nieremberg y Cienfuegos dan por hecho que lo hizo. Carlos V salió de Madrid el 1 de marzo 1543, el 4 pernoctó en Jadraque y el 10 llegó a Barcelona, y allí permaneció hasta el 2 de mayo. Por otra parte, es significativa una carta del Emperador del 11 de febrero de 1543 en la que comunica al Virrey que juntos estudiarían la mejor forma de fortificar Tarragona. Esto quiere decir que la decisión de Carlos V sobre el abandono del principado fue una medida precipitada por acontecimientos no controlados, de modo que Borja no pidió el relevo, como ha señalado la historiografía ³⁸.

En el fondo se ponen aquí de manifiesto las delicadas relaciones entre Alba, como capitán general con autoridad sobre todo el territorio peninsular, y Borja, como virrey de Cataluña con autoridad militar limitada. La presencia del duque de Alba en los Consejos de Estado y de Guerra provocaba fricciones con todos los mandos militares, máxime cuando se hacía dueño de mando en virtud de su presencia. Estas tensiones aparecen un año antes, en agosto de 1542, cuando el duque de Alba acude a Barcelona por orden imperial. Es el propio duque de Alba quien toma la palabra para dejar claro al Emperador que su autoridad debe ser aceptada, máxime en momentos de lucha ³⁹.

Aunque tenía órdenes bien precisas de dejar Barcelona, Borja todavía retrasó su partida porque los franceses hicieron una rápida incursión en Rosellón y se llevaron algunas mujeres. Temía además que con tres bandas de tres mil hombres cada una entraran en España. El Virrey estaba dispuesto a enviar algunas banderas a Villafranca de Conflent, pocos kilómetros distante de Perpiñán, en los dominios del vizconde de Évol, pero por la falta de dinero y no tener permiso directo del Emperador no dio la orden. En cualquier caso, le comunicó al Emperador que dejaba el ejército y las galeras en orden, y todos sus hombres esperando su inminente llegada. Y ésta fue la última carta que escribió desde Barcelona ⁴⁰.

³⁷ AGS, GA, leg. 26, fol. 5, El duque de Gandía a Carlos V, Barcelona, 4 de marzo de 1543.

³⁸ AGS, E., leg. 293, fol. 189, Carlos V a Borja, 11 de febrero de 1543. Más datos sobre el sitio de Perpiñán en *Codoín*, 43.

³⁹ PLAZA SANTIAGO, A. de la, «Cartas del Duque de Alba a Carlos V», en *Cuadernos de Investigación Histórica*, 5 (1981), pp. 135-179, 163: «... porque hasta aquí he andado como fortificador, y de aquí adelante he de andar como conviene al cargo que V. M. ha sido servido de mandarme que tenga».

⁴⁰ AGS, GA, leg. 26, fol. 7, El duque de Gandía a Carlos V, Barcelona, 5 de marzo de 1543.

El todavía Virrey avisó al Emperador desde Igualada que, según unos avisos de don Juan de Acuña, los franceses estaban atacando con fuerza, pero él se resignaba y le aseguraba que, al menos, en Barcelona había dejado proveído lo mejor que había podido todo el aparato militar. Borja no se podía creer que en este trance servía mejor al Emperador abandonando a sus amigos en la lucha. Se resignó y obedeció con grandísima pena, pero con resoluta determinación. Estampó —acaso tremulante— las siguientes palabras: «sigo mi camino conforme a lo que tengo escrito»⁴¹. Sus preocupaciones estarán puestas a partir de ahora no en el norte, sino en su nuevo ducado de Gandía. De camino a su señorío, entretuvo su pensamiento con nuevas recomendaciones. Intercedió ante Cobos en favor de un miembro de la justicia de la villa de Valencia, a quien le querían retirar del cargo⁴².

Durante la visita del Emperador a Barcelona se puso de manifiesto, entre otras cosas, la responsabilidad monárquica de Carlos V al tratar de convertir los enclaves estratégicos de mayor valor de señoríos en realengos, como se demostró al tratar de arrebatar los señoríos del duque de Segorbe. La intención era clara: proteger estratégicamente todas sus posesiones adquiriendo en propiedad los enclaves más a propósito⁴³. Además, el Emperador dejó a su hijo precisamente en Barcelona sus famosas instrucciones, verdadero testamento político. Luego navegó hacia Génova, para desde allí pasar a Milán y en Cremona entrevistarse con el papa Paulo III.

Borja ya estaba lejos, quizá demasiado. Físicamente se alejaba y lo mismo hacía su pensamiento, sus anhelos se fueron aproximando a Gandía al compás de su marcha, cuanto más caminaba más quería saber lo que podía encontrarse, era una nueva etapa en su vida. Nunca lo olvidará. Había dejado en Barcelona muchas horas de trabajo, de sueño, de sufrimiento, y muchos éxitos. Pero terminaba con la sensación de haber fracasado porque el Emperador ya no contaba con él. Rondó por su cabeza que no era un buen militar. El Emperador o alguien influyente le había eximido de toda responsabilidad. Borja no creía que fuera directamente Carlos V, ni tampoco Alba; más bien pensaba que detrás de esta cruel separación estaba Cobos, como en efecto así fue. El omnímodo comendador mayor de León, con visión de futuro, había previsto un lugar más alto e interesante para Borja, y el Emperador lo aprobó rápidamente.

El regreso a su ducado fue lento a causa, como él mismo decía, «del traer tantos niños». Además de su familia, su esposa, sus ocho hijos, su cuñada, su capellán, estaban sus acompañantes, entre los que destacaba especialmente su criado, Jerónimo Ruiz,

⁴¹ AGS, GA, leg. 26, fol. 6, El duque de Gandía a Carlos V, Igualada, 8 de marzo de 1543. Borja en su diario decía el 18 de abril: «acción de gracias por la salida de Cataluña que fue en este día ha 21 años», porque fue el día 18 cuando supo, a través de Cobos, en Gandía, su nuevo nombramiento de mayordomo mayor de la emperatriz, en AGS, E., leg. 287, fol. 41.

⁴² AGS, E., leg. 287, fol. 13, El duque de Gandía a Cobos, Molins del Rey, 20 de abril de 1543.

⁴³ AGS, E., leg. 289, Carlos V al duque de Alba, Rosas, 14 de mayo de 1543, en *Corpus Documental*, II, p. 121.

que tantas veces hizo de correo. El viaje fue bueno, algo cansado a causa del prematuro calor ⁴⁴. Barcelona asumía nuevo virrey en la persona de don Juan Fernández, marqués de Aguilar, ex embajador en Roma ⁴⁵.

Borja volverá a Barcelona en 1571, como general de los jesuitas, en misión diplomática al servicio del Pontificado acompañando al legado Alejandrino, sobrino de Pío V. Borja se encontraría con las edificaciones que había ordenado y seguido ladrillo a ladrillo, con personas conocidas y amigas. Todo serían recuerdos de sus tres años y diez meses como lugarteniente del Emperador. Vendría a su memoria ese momento tan duro para él cuando fue separado de su cargo por orden imperial.

El Rey católico, siguiendo su tradicional política de dejar correr el tiempo, quiso que el legado, una vez en Barcelona, pasara a Valencia en vez de ir directo a Madrid a través de Aragón. Hernando de Borja, gentilhombre de la cámara del Rey, hijo de Borja, fue el encargado de recibir en nombre del Rey al legado. Tenía la comisión —según unas instrucciones bien precisas— de ponerse en contacto con el virrey de Barcelona, don Hernando de Toledo, hijo natural del duque de Alba. Juntos y por medio de Borja persuadirían al legado de este cambio. La excusa sería que el viaje por Valencia era más regalado, sin preocupaciones por los bandoleros que asaltaban los caminos de Barcelona a Zaragoza.

Un observador fino como el secretario de Alejandrino, Juan Bautista Venturini, se percató de que Barcelona era una ciudad importante, donde se podía ver mucha nobleza, los hombres elegantes y las mujeres bellas, con bonitos vestidos, cosa —desde su punto de vista— nunca vista en Cataluña. Le llamó la atención un proverbio que decían los catalanes: «Barcelona la rica, Valencia la hermosa, Zaragoza la fiesta» ⁴⁶. Hernando de Borja pudo lucirse con el legado y el resto de ilustres compañeros de viaje como buen anfitrión y gran conocedor de la ciudad de que la su padre siendo virrey había gastado sus energías y dinero para embellecerla y fortalecerla ⁴⁷. Alejandrino quedó muy satisfecho de su persona. En respuesta al Rey por su recibimiento y diligencias tomadas,

⁴⁴ *Monumenta Borgia*, II, Borja a Cobos, Gandía, 4 de junio de 1543.

⁴⁵ PÉREZ PASTOR, C., «San Francisco de Borja. Nueva excursión biográfica», en *Boletín de la Academia de la Historia*, Madrid, núm. 22 (1893), pp. 300-353. El marqués de Aguilar entró en Barcelona el 10 de julio de 1543.

⁴⁶ BAV, Barb. Lat. 5216, *Del Viaggio...*, 75. Hay otra copia en BNP, Ital. 1319, 25-39, *Viaggio del cardinale Alessandrino dal confine di Francia sino a Madrid*, sobre Barcelona véase: DURANI SANPERE, A., *Barcelona i la seva història*, Barcelona, 1973, sobre Borja, la construcción de la muralla de mar, fortificación del Rosellón y la sede del lugarteniente general, pp. 401-418, sobre la iglesia, véase BADA ELÍAS, J., *Situació religiosa de Barcelona en el siglo XVI*, Barcelona, 1970.

⁴⁷ Para darse una idea de la magnitud de las obras de fortificación emprendidas por Borja es suficiente consultar AGS, E, 55, 122-123, donde se ve una minuta de despacho del Emperador sobre la fortalezas de Perpiñán, Rosellón, baluartes de Barcelona, etc., y en AGS, E., leg. 289, fol. 287, sobre las disposiciones tomadas por Borja en un «memorial de los maestros y manuales que son menester para hacer la muralla y los hombres de abrir el foso y hacer cal y traer la dicha cal y arena en carretas...» (1543). La construcción implicaba más de 9.000 hombres durante cinco meses.

le hizo saber que era muy parecido a su padre, tenía el mismo valor, bondad y diligencia, y procuró en todo momento tener todas las atenciones posibles con cariño y prontitud ⁴⁸. Barcelona no olvidará sus servicios prestados a la ciudad, entre los bustos de sus mejores tenientes generales, erigidos en el palacio del gobierno militar, está presente el de Borja.

Borja dejó su cargo obedeciendo una orden imperial, él deseaba seguir allí. Carlos V le apartó no por haber sido ineficaz, sino porque tenía previsto para él otro cargo junto al príncipe Felipe. Es posible también que el Emperador esperara más iniciativas en la defensa del principado, y si hubiera permanecido más en contacto con el duque de Alba quizá habría evitado su apartamiento del poder.

AGS: Guerra Antigua, Leg. 26, 5.

Francisco de Borja a Carlos V, Barcelona, 4 de marzo de 1543

SCRM

A los XXVII de hebrero recibí la carta de V. M. por la qual me manda que me parta por la venida del duque de Alva, la qual se entendió aquí por muchas cartas con el mismo correo. Y así luego el otro día me partiera sino fuera por ser la semana del jubileo. Más teniendo oy publicada mi partida para mañana llegó el correo despachado el día que V. M.: partió de Madrid, por el qual me manda me detenga si los enemigos no entran. Y visto que los franceses han entrado en Ruysellón, como V. M. verá por la otra carta, yo me parto siguiendo la orden de V. M., pues entiendo por su real carta no ser servido de mis servicios en el tiempo que ellos podrian ser acceptos, que es quando ay nescesidad y se llegan los enemigos. Aunque los de Ampurdán y especialmente los de Gerona me escrivian que me fuese [a] aquella ciudad para dar orden en lo de la frontera, como lo tenía ya trazado con Francisco Duarte, poniéndome en orden para el dicho effecto. Con la voluntad que siempre he tenido de emplear mi persona y hacienda en servicio de V. M.; la qual aunque no haya merecido ser más agradable a V. M. de lo que agora veo, no dexo de tener algún contentamiento de haverme hallado por mi parte como cumplir al servicio de V. M. Mas por obedecer sus reales mandamientos, seguiré mi camino.

Y Nuestro Señor guarde las de SCC y real M. como su imperial ánimo desea y sus vasallos havemos menester. De Barcelona a 4 de marzo [1543].

DVSCCM

Humillísimo vasallo y criado que sus imperiales pies beso
El duque de Gandía

Abreviaturas utilizadas:

- AGS = Archivo General de Simancas.
- AZ = Archivo Zabálluru, Madrid.
- ASV = Archivo Segreto Vaticano.
- BNP = Biblioteca Nacional, París.

⁴⁸ AGS, E., leg. 153, Alejandrino a Felipe II, Utiel, 20 de septiembre de 1571.